

PROGRAMACIÓN POR TEMAS

UNIDAD 1– LA PERSONA

TEMA 3 - Libertad: don y tarea

- A) Se iniciará el tema con el estudio del documento “*Libertad: don y tarea*”. Para ello se dividirá el grupo en 5 subgrupos que leerán un fragmento del texto y lo expondrán al grupo el día asignado a modo de Informe Oral.
- 1) Grupo 1: Introducción y punto 1 ¿Qué es la libertad?
 - 2) Grupo 2: 1.1 y 1.2
 - 3) Grupo 3: Punto 2 (Incluyendo 2.1 – 2.2 – 2.3)
 - 4) Grupo 4: Puntos 3 (Incluyendo 3.1 – 3.2)
 - 5) Grupo 5: Punto 4 y Nota final
- B) Cada grupo redactará, previo al informe oral, tres preguntas acerca del texto que les corresponde trabajar. Todos los demás alumno de la clase deberán contestar dichas preguntas al final de cada informe y guardar para su posterior evaluación.
- C) Posible Prueba corta al terminar los informes

II) La libertad: don y tarea

<http://www.conocereisdeverdad.org/website/index.php?id=2875>

"Todos nacemos como originales y morimos como copias iguales", afirman los cínicos. Si dirigimos una somera mirada hacia nosotros mismos y a nuestro alrededor, parece que no están muy lejos de la verdad. En nuestra sociedad existe una evidente uniformidad en el pensar, hablar, vestir, actuar y reaccionar. El ambiente es cada vez más artificioso, la manipulación cada vez más agresiva. Con frecuencia, no tenemos ni tiempo ni ganas para cultivar la propia interioridad.

Es sumamente necesario que el *Compendio* nos recuerde un aspecto esencial del mensaje cristiano: fuimos creados libres, y estamos llamados a vivir a la altura de nuestra naturaleza [1]. Según afirma Guardini, una vida lograda comienza con una determinación aparentemente muy sencilla: "que el hombre se decida a vivir como hombre" [2].

En contra de la propaganda oficial, difundida desde años, Dios no es enemigo de la libertad; muy por el contrario, es su creador, su gran amigo y protector. Nuestra libertad es un don *suyo*. Si nos abrimos a su ayuda, Dios nos sopla con el viento de su Espíritu para que lleguemos a *ser lo que somos*, y lo que el mundo puede esperar de nosotros que, por otra parte, coincide con lo que debemos al mundo.

1. ¿Qué es la libertad?

En una primera aproximación, podemos decir que la libertad es apertura al infinito. Es la capacidad radical de ser protagonistas de nuestra vida. Es un inmenso don que pone en juego todas nuestras potencias y marca decisivamente nuestro carácter y destino. Podemos relacionarla, por un lado, con alegría y amor, con las ansias hacia la plenitud, hacia Dios; y, por el otro, con la desesperación, la angustia y el absurdo. La libertad permite alcanzar la máxima grandeza, pero también incluye la posibilidad de un desvío completo. Tiene que ver con la autorrealización y con la autodestrucción del hombre.

La libertad es una experiencia personal e íntima de cada persona. Hace referencia al entendimiento, a la voluntad y a la creatividad, y llega hasta el nivel más hondo del hombre. En ocasiones, nos enfrentamos a ciertas preguntas: ¿De qué vivo? ¿Cuáles son mis raíces? ¿Qué es lo que configura mi pensar y mi querer? Podemos mirar hacia atrás con

agradecimiento por todo lo que hemos recibido de quienes nos han precedido, por las obras (ocultas o conocidas) que otros han aportado a este mundo. Pero no podemos olvidar que también cada uno de nosotros tiene la misión de alumbrar algo nuevo. Cada hombre es original y único. Con cada nacimiento, algo singularmente nuevo comienza en el mundo. Lo nuevo, dice Hannah Arendt, "siempre aparece en forma de milagro" [3]. Nadie sabe cómo va a evolucionar, qué llegará a ser, para qué utilizará sus capacidades. El ser humano no sólo está dotado de la capacidad de proponerse un fin, sino también de ser su propio fin: está llamado a hacerse a sí mismo. Puede convertir su existencia, y a sí mismo, en algo realmente grande. Cabe esperar de él lo inaudito, lo inesperable. Todo hombre puede ofrecer al mundo muchas sorpresas, aportar pensamientos nuevos, palabras nuevas, soluciones nuevas, actuaciones únicas. Es capaz de vivir su propia vida, y de ser fuente de inspiración y apoyo para otros. A veces, conviene recobrar la mirada del niño, para abrirnos a la propia novedad, y a la de cada persona, y así descubrir el desafío que encierra cada situación. El mundo será lo que nosotros hagamos de él. Al menos, *nuestro* mundo es lo que hacemos de él. Nuestra vida es lo que hacemos de ella.

Somos libres, a pesar de las circunstancias adversas que nos pueden rodear e influir. Y no sólo tenemos el derecho, sino también el *deber* de ejercer nuestra libertad, precisamente en este mundo sutilmente tiranizante en que nos ha tocado vivir. Nadie debe convertirse en un "autómata", sin rostro ni originalidad. Nadie está destinado a ser un "hombre-masa". Justamente hoy es más urgente que nunca que tomemos conciencia de la gran riqueza de la vida humana y busquemos caminos para llegar a ser "más" hombres, y no unas personas renuentes, asustadas y enlutadas. A esto nos exhorta el *Compendio*.

1.1. La libertad como patria interior

La libertad fundamental o libertad interior se traduce en la seguridad de que la persona humana dispone de un espacio interior e inviolable (el llamado "santuario" de lo humano), en el cual está, de algún modo, a disposición de sí misma. Lo íntimo es lo que sólo conoce uno mismo, lo más propio. Puedo entrar dentro de mí, y ahí nadie me puede apresar: me poseo en el origen. El poseerse a sí mismo es característico del espíritu.

El hombre es libre cuando mora en la propia casa. Desgraciadamente, hay muchas personas que no "están consigo", sino siempre con los otros. No saben descansar en sí mismas y pensar por cuenta propia; así pueden convertirse fácilmente en marionetas de los demás. Cuando "estoy conmigo" me doy cuenta de lo innecesario e incluso ridículo que es el buscar la confirmación y el aplauso de los demás. El valor de una persona no depende de los otros; no depende de las alabanzas o gestos de confirmación que pueda recibir o no. Somos más de lo que vivimos en lo exterior. Hay un espacio en nosotros al que no tienen acceso los demás. Es nuestra "patria interior", un espacio de silencio y quietud. "Mientras no descubramos esa antiquísima verdad, estaremos condenados a andar errantes y a buscar consuelo donde no lo hay: en el mundo exterior" [4].

Por el entendimiento y la voluntad, el hombre es dueño de sí mismo. Está, además, radicalmente abierto al mundo, ya que ambas facultades tienen a la realidad por objeto formal: todo lo que es, en cuanto que es, puede ser pensado y querido. Y ante este horizonte indefinido, cada uno tiene la posibilidad y la tarea de realizarse; está llamado a ser el que puede llegar a ser.

Desde toda la eternidad, Dios tiene una idea maravillosa de cada uno de nosotros; ha confiado a cada uno un proyecto original. "Yahvé desde el seno materno me llamó, desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre," afirma el profeta Isaías, como representante de todos nosotros [5]. Con estas palabras expresa la originalidad de cada ser humano: al llamar al hombre "nominalmente", por su nombre, Dios, el eternamente Nuevo, ha dado a cada uno *su* vocación, *su* misión, *su* talento específico para enriquecer el mundo.

Se cuenta una anécdota interesante de un rabí sabio que fue admirado y amado por todo el país. La gente decía que este hombre tan dichoso tenía un hijo igual a él. Un joven que llegó al pueblo y conoció al rabí, tenía curiosidad por conocer al hijo de tan gran personalidad. Se tomó la molestia de ir a otro pueblo más lejano donde vivía el hijo del rabí que, amablemente, le invitó a su casa. Después de vivir varios días con él, el joven exclamó: "¡Cómo pueden decir que eres igual que tu padre! ¡Eres completamente distinto! Ciertamente, eres también una gran personalidad, pero tienes

otro modo de pensar y sentir, otro modo de resolver los problemas, otros gustos y aficiones..." "Por supuesto, respondió el hijo sonriendo. Pero a pesar de ello somos iguales: mi padre es un original, y yo soy un original."

Todos somos distintos, así que cada persona puede reflejar unos aspectos específicos de la bondad y belleza del Salvador, diferentes a los que expresan los demás [6]. Cada uno puede hacer presente a Cristo de un modo nuevo y original, como nunca nadie le ha manifestado, ni nadie le podrá manifestar jamás. Este es el sentido más profundo de su vida.

Somos fruto de una llamada inédita de parte de Dios. Ser hombre, ser *este* hombre, es la vocación que hemos recibido, y a la que hemos de dar una respuesta igualmente inédita y original. El arte de vivir consiste en descubrir nuestro auténtico rostro, aquel que Dios ha visto antes de crearnos [7].

Sin embargo, el "poseerse en el origen" es un riesgo. Puedo fracasar rotundamente en la tarea de ser yo mismo. Por eso, algunos filósofos existencialistas afirmaron que el hombre está *condenado* a ser libre y siente *angustia* ante sus propias capacidades.

1.2. La libertad como horizonte

El hombre es dueño de sí mismo y, en consecuencia, es dueño de las propias manifestaciones y acciones que son guiadas, en última instancia, por la voluntad. Por tanto, cuando aplica su voluntad, ejerce su libertad de un modo explícito. Tiene la capacidad de decidir por sí mismo, hacer planes y cumplirlos. Cuando, en cambio, no ejerce su libertad evitando tomar decisiones concretas y comprometedoras, no es él quien traza su historia personal y única, ya que se deja llevar por las circunstancias.

En principio, cada persona tiene algunas ideas generales sobre su vida, aunque no haya reflexionado explícitamente sobre ellas. Cada una tiene algún proyecto existencial, que puede ser rico o pobre, profundo o superficial. En él figuran ideas acerca de la familia y la profesión, la cultura y la política, principios morales y creencias religiosas. La pregunta clave es: ¿Para qué utilizo mi libertad? Si se carece de una meta alta que valga la pena conseguir, la libertad puede reducirse a cosas insignificantes. Una libertad cuyo único argumento consiste en la posibilidad de satisfacer las necesidades inmediatas, no es una libertad humana, sino que seguiría recluida en el ámbito animal. La libertad se mide por aquello a lo cual nos dirigimos. Cuánto más grandes son las aspiraciones, más grande es la libertad.

Una persona se realiza y es feliz, cuando cumple la propia verdad personal. Se "construye" a través de sus actos libres; es artista de su propia existencia: no solo hace cosas, sino que se hace a sí misma. Nuestra vida no es algo dado de una vez para siempre. Es un quehacer, un proyecto, que tenemos que realizar. Y cuanto más hacemos el bien, nos hacemos más libres [8].

2. Influencias sobre la voluntad

Pero la libertad humana no se expresa sólo a través de la voluntad. Se relaciona también con el entendimiento, los sentimientos y las circunstancias exteriores.

2.1. Libertad y verdad

La inteligencia y la voluntad son facultades que, por tener objetos universales que se incluyen mutuamente, interactúan de manera recíproca. En efecto, lo verdadero es un aspecto del bien universal y lo bueno es una razón particular de verdad. La voluntad no se mueve a querer, si previamente la inteligencia no le propone un objeto conveniente. Ni la inteligencia entiende algo, si no es aplicada a la acción por la voluntad. Una persona sólo se apasiona por un libro, si lo ha leído; y sólo lo lee, si se interesa por su contenido. La libertad es la obra conjunta de la inteligencia y de la voluntad [9]. Es la propiedad de tener en sí mismo el principio de cada actuación procedente. Tiene su raíz en la inteligencia, que conoce el mundo. Su sujeto propio es la voluntad, que dirige hacia el mundo conocido. Como la voluntad pone todas las facultades en ejercicio, es ella sobre la que recae, en último término, la decisión de los actos libres.

En casos normales, el acto libre sigue a los conocimientos que le proporciona el entendimiento. Es preciso que estos conocimientos sean verdaderos. Hay que excluir la ignorancia y el error. El proyecto vital se va perfilando más claramente en la medida en que el hombre encuentra la verdad de sí mismo. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo y a dónde voy? ¿Por qué estoy en el mundo? Cuando una persona se hace estas preguntas, puede descubrir que no le es posible realizarse a sí misma, en el orden operativo, en contra de la verdad de sí misma, en el orden constitutivo.

Cada hombre tiene que seguir la verdad que él mismo ha encontrado, escuchando la voz de Dios en su propio interior, en su conciencia, que es "el primero de todos los vicarios de Cristo" [10]. Si no actúa en armonía con su lógica interna, se rompe. Por otro lado, está llamado a buscar la verdad en su plenitud, a través de la meditación, la lectura, el diálogo, y a aceptar también la ayuda que otras personas le pueden ofrecer (obedecer, en el sentido más amplio).

Una libertad sin obediencia puede desviarse fácilmente, dado que el hombre es limitado. Pero una obediencia sin libertad es una contradicción en sí misma. Es una actuación sin profundidad, sin entusiasmo, sin amor, que no es digna al hombre. Si una persona actúa según reglas cuyo sentido no comprende, no es libre.

2.2. El lugar de los sentimientos en la libertad

Los sentimientos pertenecen a la naturaleza humana como el entendimiento y la voluntad, y pueden perfeccionar la libertad. Si faltan, los actos no son íntegros y maduros, y la persona no se desarrolla completamente.

No obstante, los sentimientos pueden oscurecer la verdad. Debido a ellos una persona puede frenar o desviar la actuación de su entendimiento; es el caso de quien no quiere enterarse de una verdad por miedo a las consecuencias. Hace falta tomar en serio las experiencias afectivas, aceptarlas, identificarlas y ordenarlas rectamente. El acto libre de la voluntad puede consistir en corregir algunos sentimientos más o menos profundos, como la envidia o el odio. Este acto no depende de los sentimientos, aunque puede ser enriquecido por ellos.

2.3. La situación exterior y la aceptación de sí mismo

También las situaciones exteriores pueden disminuir notablemente la libertad sin excluirla por completo, ya que tampoco ellas intervienen esencialmente en el acto libre [11]. Así, una persona está condicionada, en cierto modo, por el país, la sociedad, la familia en la que ha nacido, por la educación y cultura que ha recibido, por el propio cuerpo, su código genético y su sistema nervioso, sus talentos y sus límites y las experiencias del pasado; pero a pesar de ello, es libre, pues tiene la capacidad para discernir sobre todos estos condicionamientos. Un hombre puede ser libre también en un Estado totalitario e incluso en una cárcel, como lo han mostrado muchos personajes a lo largo de la historia (Boecio, Santo Tomás Moro, D. Bonhoeffer). Puede mantener una creencia, un deseo o un amor en el interior de su alma, aunque externamente se decreta su abolición absoluta.

Los identificamos a menudo con las opiniones de otros sobre nosotros mismos, con el cargo que ocupamos y los roles que jugamos, con nuestro trabajo y posición social, nuestra salud o enfermedad. Nos definimos por el éxito y por el rendimiento, por el interés que la gente muestra hacia nosotros y por las relaciones entabladas. Pero de este modo, nos hacemos ciegos para ver nuestra genuina realidad; y llegamos a ser cada vez más dependientes de los demás, cada vez más esclavos de la propia "imagen". Un viejo proverbio dice: "El éxito no es un nombre divino."

Una condición indispensable para influir positivamente en nuestro mundo, consiste en aceptarnos a nosotros mismos de todo corazón. Somos más fuertes cuanto más somos nosotros mismos, cuando asumimos nuestra realidad.

3. Actos de la voluntad

La libertad humana se ejerce principalmente en dos actos: el amor (acto principal) y la elección (acto secundario).

3.1. Elecciones necesarias, elecciones decisivas

El fin último del hombre abarca tanto el amor de Dios como la propia felicidad. Los dos aspectos son inseparables: la felicidad humana consiste, en último término, en amar a Dios, y cuando el hombre ha encontrado a Dios, es realmente feliz.

Sin embargo, de estos dos aspectos de su único fin, el hombre tiene conciencia inmediata sólo del último. Por la constitución de su naturaleza tiende necesariamente a la felicidad en todo lo que hace, pero por limitación de la misma naturaleza no se inclina necesariamente a Dios, el único bien que le puede saciar plenamente. Su "amor originario" (Tomás de Aquino) o "impulso íntimo" (Juan Pablo II) tiende de un modo natural hacia el fin último en general (el bien, la felicidad); pero no se refiere directamente a Dios, el fin último en concreto.

La razón se encuentra en el hecho de que a cada acto de la voluntad ha de preceder un conocimiento intelectual. Para amar a Dios de modo explícito, por tanto, hace falta conocerlo. Pero el hombre, en esta vida, ni siquiera tiene evidencia inmediata de la existencia divina, ya que el fin que le es dado, le trasciende completamente.

El entendimiento humano no puede conocer a Dios, la suma verdad, en toda su plenitud. En consecuencia, no puede presentárselo a la voluntad como el bien absoluto, y por tal razón, la voluntad no está determinada necesariamente hacia su fin último en concreto. Hay que hacer una elección. Por la imperfección de la naturaleza humana cabe también la posibilidad de rechazar a Dios.

El hombre tiene que elegir el fin último precisamente porque no lo ve en plenitud. Si viera a Dios tal como es, le querría sin necesidad de elegir: vería que no hay ningún bien creado comparable a él. Entonces le querría a la vez con absoluta necesidad y con absoluta libertad. La elección es consecuencia de nuestra propia limitación, de la condición finita de una criatura racional ante la infinitud divina.

Tenemos que hacer una auténtica elección acerca del fin último, que implica la posibilidad de rechazarlo. Se trata de la elección decisiva de la vida humana; con ella se realiza o se frustra la inclinación espontánea al bien. La elección del fin último se reduce a la opción entre el *amor Dei* y el *amor sui*, ya que el hombre no puede descansar definitivamente en ninguna criatura. Si no alcanza a Dios, vuelve sobre sí mismo y se pone a sí mismo (consciente o inconscientemente) como último fin de su vida.

Dios, en cuanto que es el sumo bien, abarca todos los bienes particulares y los excede infinitamente. En cuanto que es el fin último de la vida del hombre, se le puede alcanzar mediante múltiples y diversos caminos que pueden incluso oponerse. Algunas personas pueden encontrar su camino, por ejemplo, en el matrimonio, otras fuera del matrimonio. Dios es infinito, e infinitas son las maneras en que se le puede alcanzar.

Cada situación puede llevar a Dios, pero no todas las situaciones pueden conducir a un bien particular. Mientras que el amor al fin último no pone condición alguna, la elección de los fines parciales las trae consigo. Estos fines parciales determinan la vida humana a situaciones concretas, que excluyen otras. Cada elección tiene consecuencias que afectan a las posteriores elecciones, y que producen, poco a poco, una biografía única e inconfundible.

La libertad se realiza y perfecciona en la medida en que el hombre se ordena hacia un bien que tiene razón de fin. Lo decisivo no es tener varias posibilidades de elegir, sino llegar al fin. Cuando una persona, por ejemplo, quiere visitar por primera vez a un amigo, agradece si alguien le explica antes el camino a su casa; así no perderá el tiempo buscando la calle. La libertad permanece si voy directamente a la casa del amigo; es señal de perfección. Incluso la libertad sigue existiendo si sólo hay una posibilidad para alcanzar el fin. Nadie deja de ser libre por el hecho de seguir un camino necesario que le lleva a un fin querido por él mismo. De esta forma, se manifiesta que la elección es sólo un acto secundario de la libertad. El acto primordial es el amor.

3.2. El amor, máxima expresión de la libertad

El hombre está llamado a amar a Dios y a los demás como a sí mismo, aceptándose profundamente como proyecto divino original.

Esta tarea está dificultada por el pecado, que rompe el orden en su interior (oscuridad en el entendimiento, debilidad en la voluntad, desorden en la afectividad), mientras la gracia, otorgada por Cristo, crea en él una nueva armonía. Conduce a la persona hacia el radio de acción divina y la capacita para ejercer su libertad con madurez.

Evidentemente, el hombre no puede dar nada a Dios que no sea ya suyo. Pero puede entregarle algo que, anteriormente, ha recibido de él: su capacidad de amar, su corazón. Es decir, la libertad que Dios le ha regalado como don natural al comenzar su vida, llega a la máxima realización, cuando se la dirige al Creador. "Mi libertad para ti" no quiere decir que el hombre anule su libertad, ni que renuncie a ella. Esto no sería digno ni tampoco posible. El hombre en cuanto hombre no puede vivir sin libertad. No puede arrancarse una parte constitutiva de su ser, justo al llegar a Dios. Esta actitud, "mi libertad para ti" no destruye la libertad, sino que la potencia: quiere decir que en aquel espacio íntimo del silencio y de la quietud que hay en mí, donde nadie puede entrar sino yo, no quiero estar solo. Invito a Dios a entrar y estar conmigo, y a conducir mi vida. Entonces, mi autodeterminación consiste en hacer lo que él me diga. Es aquí, en el fondo mismo de nuestro ser, en ese lugar profundo y misterioso donde se esconde el último secreto de nuestra libertad: podemos acoger o rechazar el amor que Dios nos ofrece.

El amor a Dios no "sustituye" el amor a los hombres, sino que lo realiza plenamente. Amando a los demás, estamos llamados a continuar y perfeccionar la obra de la creación, ya que una persona sólo puede vivir y desarrollarse sanamente cuando es aceptada tal como es, cuando alguien la quiere verdaderamente, y le dice: "Es bueno que existas." (J. Pieper) Hace falta la confirmación en el ser para sentirse a gusto en el mundo, para que sea posible adquirir una cierta estimación propia y abrirse a los demás. Amar a una persona quiere decir hacerle consciente de su propio valor, de su propia belleza. Una persona amada es una persona aprobada.

Amar no consiste simplemente en hacer cosas para alguien, sino en confiar en la vida que hay en él. Consiste en comprender al otro con sus reacciones más o menos oportunas, sus miedos y sus esperanzas. Es hacerle experimentar que es único y digno de atención, es ayudarlo a ver su dignidad, la luz oculta en él, el sentido de su existencia. Y consiste en manifestar al otro la alegría de estar a su lado.

Quien ama, descubre las necesidades del otro y vive en una actitud interior de servicio. Alberto Magno afirma: "Quien ayuda a su prójimo en sus sufrimientos, sean espirituales o materiales, merece más alabanza que una persona que construye una catedral en cada hito en el camino desde Colonia a Roma, para que se cante y rece en ellas hasta el fin de los tiempos. Porque el Hijo de Dios afirma: No he sufrido la muerte por una catedral, ni por los cantos y rezos, sino que lo he sufrido por el hombre" [12]. Ciertamente, la persona humana es el templo que Dios prefiere, sin quitar por ello la necesidad de los templos materiales. Lo expresaba bien aquella madre que le susurraba a su hijo pequeño, en la quietud del templo: "Tú eres, hijo mío, la mejor catedral." En definitiva, estamos llamados a amar a Dios y a los demás hombres con todo el corazón. Así ejercemos plenamente nuestra libertad, y alcanzamos la máxima autorrealización.

Al amar, acto libre por excelencia, se pierde la independencia, y cuanto más fuerte es la volición, más ata la persona, y mayor es por tanto la vinculación. Pero la vinculación es voluntaria, y la aparente "pérdida de libertad" es, en realidad, su máximo exponente. Sólo quien es verdaderamente dueño de sus actos, puede entregar este dominio a otro y mantener viva esta decisión. El amor quiere comprometerse, entregarse. La libertad es el don más grande en el ámbito natural. La entrega por amor es el ejercicio más noble de este don.

4. Vivir la propia vida con Cristo

Si creyéramos realmente en nuestra dignidad divina, tendríamos un sano conocimiento del propio valor. Mi núcleo más íntimo es algo que procede inmediatamente de Dios, es un misterio. Es la imagen original que Dios se ha formado de mí. Convencerse del propio valor no es tan difícil para alguien que se sabe incondicionalmente amado y apoyado por Dios. "No te tengas en poca estima pues Dios no te tiene en poca estima," reza un dicho del oriente.

El mismo Dios, la fuente de toda vida, quiere habitar cada vez más profundamente en nosotros. Desde nuestro núcleo más íntimo, quiere darnos la "vida en abundancia"[13]. De algún modo u otro, cada hombre puede revivir el drama experimentado por San Agustín: "Tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando"[14]. A nosotros, Dios nos pide un mínimo de apertura, disponibilidad y acogida de su gracia: "Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestro

corazón" [15]. Es decir, para encontrar a Dios dentro de nosotros, hace falta, misteriosamente, "abrirle las puertas" de nuestra casa.

Cuando Dios habita en mí, tengo gusto de "entrar en la propia casa". Allí experimento un espacio protegido en el que puedo ser enteramente yo mismo. Nunca estaré solo, sino acompañado por quien más me quiere. No hace falta hacer monólogos con mis propios pensamientos ruidosos, ni resolver yo mismo los pequeños y grandes problemas de cada día. La vida cristiana es una vida estrictamente dialogal [16].

Cuando estoy "conmigo", entonces estoy "vivo". "Cuanto más dejamos entrar a Dios en nuestra vida, más somos y nos sentimos nosotros mismos" [17], incluso somos más espontáneos y activos. Dios no se sobreañade a nuestras acciones; está en el mismo núcleo de la libertad. "Mirad que el reino de Dios se encuentra dentro de vosotros" [18].

Jesús sabe que la tentación de los hombres será siempre la de querer ser como los "reyes de las naciones" [19]. El peligro estriba en dejarse seducir por el brillo exterior, por lo que es grande, por el poder y las riquezas, por placeres y privilegios. Ahora bien, si buscamos estas cosas de un modo compulsivo, no sólo nos apartamos de Dios, creando nuevos dioses, sino también nos alejamos de nosotros mismos, porque deformamos nuestra naturaleza y rechazamos ser aquello que Dios ha querido desde siempre. Nos situamos voluntariamente en lo que se ha denominado "la autoculpable minoría de edad" [20].

El arte de vivir consiste en desarrollar los talentos recibidos. A la luz de la fe, "talento" no es solamente tener algo, sino también carecer de algo. La salud es un talento, pero también lo es la enfermedad; el éxito es un talento, pero el fracaso lo es aún más [21]. "Poco se aprende con la victoria, pero mucho con la derrota," dice un proverbio japonés. Cada crisis es una fuente de vida. Cada situación es un don de lo alto, especialmente aquellas en las que experimentamos nuestras incapacidades y limitaciones, rechazos y duras críticas. Dios permite el dolor, porque sabe lo que va a hacer al "tercer día". Si nos deprimimos ante la dificultad, enterramos un talento recibido [22].

Sobre todo, debemos tener mucho cuidado de no "echar a perder" ese poco sufrimiento *injusto* que a veces puede aparecer en nuestra vida, pues nos une de manera muy especial a Cristo: humillaciones, envidias, incomprensiones y ofensas de todo tipo forman parte de una vida espiritual seria. Es como si Dios permitiese misteriosamente estas contradicciones para hacernos ver lo que sale de los oscuros fondos de nuestro corazón, y para conducirnos, poco a poco, a una humilde madurez [23]. En muchos cuentos, las aventuras comienzan con una especie de "suerte de principiante" del héroe de la respectiva trama, pero termina con duras pruebas que tiene que superar el conquistador.

No echar a perder el sufrimiento significa, por ejemplo, no hablar de él si no es realmente necesario y de gran utilidad, guardarlo celosamente como un secreto entre nosotros y Dios. Un antiguo Padre del desierto afirma: "Por grandes que sean tus sufrimientos, tu victoria sobre ellos se encuentra en el silencio" [24].

Se trata de afirmar: "Sigue tu camino, a pesar de todo". ¡Sé tú mismo, realízate! ¡Sé el que puedes llegar a ser! Descubre tu forma original, individual e infalsificable que pensó Dios únicamente para ti. Y ármate de valor para vivir según esa forma." Entonces comienza una historia personal y única. El hombre que utiliza su libertad, comienza a vivir la propia vida. Introduce algo nuevo en el mundo. No por lo que *hace*, sino por lo que *es*. Quiere ser aquel a quien Dios ha soñado desde siempre.

Un verdadero cristiano es completamente libre. "Ha comprendido que tiene que ser un escándalo para este mundo, destaca el filósofo Hildebrand... Debe aceptar alegremente ser tomado por loco, ridículo y retrasado mental" [25]. Aunque sea un "rebelde", a menudo es más sano que una persona considerada "normal" en razón de su buena adaptación en nuestra sociedad, porque no renuncia a su capacidad de pensar por cuenta propia, ni a su espontaneidad; dice abiertamente, sin adulaciones, lo que piensa, y lucha, con la fuerza de la gracia y la humildad, contra todo lo que empequeñece al hombre, le masifica o cosifica, contra todo lo que dificulta una convivencia serena, como la mentira, el orgullo, los prejuicios o la manipulación [26]. No hay nada más revolucionario que una persona que se deja llevar por el Espíritu Santo [27]. Jesucristo predijo que sus discípulos "expulsarán demonios" en su poder, "hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño [28]. Respecto a la situación

actual, el Papa Juan Pablo II comenta que el futuro cristiano de un país "depende de cuánta gente sea lo bastante madura para ser inconformista" [29].

A los grandes santos les trajo absolutamente sin cuidado lo que los demás pensarán de ellos. Gozaron de "la libertad de los hijos de Dios" [30]. La experiencia del amor divino les procuró paz y valentía; les hizo sentirse acompañados en todas las encrucijadas del mundo y también en la soledad, en una soledad llena de Dios. Recordando, por ejemplo, diversas escenas de la vida de Teresa de Jesús, Tomás Moro o Juana de Arco, vienen a la cabeza unas palabras del *Nuevo Testamento* que describen los amigos de Dios: "Por la fe ejercieron la justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de sus enfermedades y fueron valientes en la guerra" [31]. No fue esto un producto de sus fuerzas propias. Hubo en ellos un misterio que les sobrepasó.

En este sentido afirmó Alfred Delp, que murió en un campo de concentración nazi: "Hombre, entrégate a Dios y volverás a tenerte a ti mismo. Ahora son otros los que te tienen, los que te torturan, los que te asustan, los que te llevan de un apuro a otro. Esto es la libertad, que canta: no hay ninguna muerte que pueda matarnos. Esto es la vida, que discurre por una llanura sin final" [32].

La fe es, para un cristiano, el motor secreto que le impulsa a la acción y le da una independencia sana con respecto a este mundo pasajero. La vida eterna es el polo de atracción de sus pensamientos, la brújula que le indica la dirección como a los navegantes, la realidad que levanta su corazón, como la luna llena levanta las aguas del mar en la marea alta. La mirada a Cristo le proporciona la seguridad de que, en definitiva, ninguna persona tiene poder sobre él, aunque pueda causarle daño. "La rodilla doblada y las manos vacías tendidas hacia delante, son los dos gestos originarios del hombre libre" [33].

Nota final

La libertad constituye el regalo más grande que hemos recibido al entrar en este mundo. Ciertamente, es un poder que puede ser usado mal, pero sin el cual no se puede hacer ningún bien. Por otro lado, la libertad puede ser robustecida y elevada por la gracia. Deberíamos tener una clara conciencia de lo valiosa que es, y luchar por mantenerla, defenderla y crecer continuamente en ella.

Asimismo, tenemos la grave tarea de proteger la libertad de los demás [34]. Todas las comunidades humanas deberían ser una tierra de libertad, y los cristianos tenemos una ayuda muy poderosa para lograr que, efectivamente, sean así.

Notas

[1] Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio, Madrid 2005, nn.56, 363-366 y 425.

[2] R. GUARDINI, Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens, Mainz-Paderborn, 31987, p.84.

[3] H. ARENDT, La condición humana, Barcelona-Buenos Aires-México 1993, p.202.

[4] J. BUGENTHAL, Stufen therapeutischer Entwicklung, en R.N. WALSH y F. VAUGHAN (eds.), Psychologie in der Wende, München 1985, p.217.

[5] Is 49,1.

[6] Cfr. Rm 12,6.

[7] Cfr. 1 Co 7,17: "Que cada cual viva según el don recibido del Señor."

[8] Cfr. Compendio, n.363.

[9] TOMÁS DE AQUINO afirma que la libertad es facultas voluntatis et rationis. Cfr. Summa theologiae, q.1, a.1,c.

[10] Catecismo de la Iglesia Católica (= CEC), n.1778.

[11] Cfr. Compendio, n.364.

[12] ALBERTUS MAGNUS, cit. en Geistlicher Impuls zu den Messtexten von Montag der 25. Woche im Jahreskreis, en "Schott-Messbuch für die Wochentage" II, Freiburg 1984, pp.483s.

[13] Jn 10,10.

[14] SAN AGUSTÍN, Confesiones 10.

[15] Sal 94, 7-8.

[16] Cfr. CEC, 27. Compendio, n.425.

[17] J. MORALES MARIN, Virgo veneranda, en "Scripta de Maria" VIII (1985), p.432.

[18] Lc 17,20.

[19] Lc 22,25.

[20] I. KANT, Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?, en AA.VV., ¿Qué es la Ilustración?, Madrid 1988, p. 9.

[21] Flp 1,29: "A vosotros se os ha concedido la gracia, no sólo de creer en Cristo, sino de sufrir por él."

[22] Cfr. Compendio, n.56.

[23] Cfr. Hb 12,6: "El Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos."

[24] Apophthegmata Patrum, Poemen 37: PG 65, 332.

[25] D. VON HILDEBRAND, Nuestra transformación en Cristo, Madrid 1996, p.174.

[26] 1 Co 7,23: "No os hagáis esclavos de los hombres."

[27] Cfr. Compendio, n.366 in fine.

[28] Mc 16,17.

[29] JUAN PABLO II, cit. en J. ROSS, Der Papst Johannes Paul II. Drama und Geheimnis, Berlin, 32001, p.93.

[30] Rm 8,21.

[31] Hb 11,33.

[32] A. DELP, Meditación del día de Epifanía de 1945, en IDEM, Gesammelte Schriften IV, Frankfurt 1984, p.219.

[33] Ibid., p.218.

[34] Cfr. Compendio, n.365.

III) Juan Salvador Gaviota

A) Prueba de comprobación y comprensión de lectura

B) Discusión del libro utilizando:

1) Análisis de Juan Salvador Gaviota en:

2) <http://cerezo.pntic.mec.es/~alopez84/curso/modulo3/lecti141.html#001>

• Análisis de "JUAN SALVADOR GAVIOTA" de Richard Bach (1936)

1. Argumento

*Juan Salvador Gaviota es un pájaro singular que no quiere limitarse a volar para comer y subsistir. Convierte el vuelo en un fin e intenta perfeccionar al máximo su arte de volar. Esta actitud inconformista lo aleja de la **Bandada de la Comida**, atendida en exclusiva al quehacer de la alimentación. Paga el precio del exilio, pero encuentra un nuevo hogar: el de la bandada de gaviotas que comparten con él el ansia de lograr la propia perfección y superar los límites impuestos por la rutina. Un instructor de esa banda «celestes» le hace ver que el perfecto e invisible principio de toda vida radica en la bondad y el amor, la solidaridad que lleva a compartir los descubrimientos que uno ha hecho y la riqueza que ha logrado atesorar. En virtud de este principio, Juan retorna a la **Bandada de la Comida** para instruir a las gaviotas que deseen saber por propia experiencia qué pueden dar de sí y cuál es su verdadera identidad. Tras una primera acogida hostil, Juan suscita interés en diversas gaviotas y funda una **escuela de formación**.*

2. Tema

Una persona sobresale en un grupo social por su afán de perfección y se destaca de las más atentas a la rutina diaria. Esta excelencia la convierte en objeto de rechazo. No obstante, ella prosigue su esfuerzo y, cuando alcanza la meta, pone sus altas capacidades al servicio de aquellos mismos que la rechazaron. Es la nobleza propia del que tiene vocación de *guía*, de *instructor* o *maestro*. Su vida está impulsada y orientada por el lema de que «ser perfecto es asumir los valores más elevados y compartirlos con los demás».

3. Contextualización

Como Saint-Exupéry, Richard Bach es aviador al tiempo que escritor. Participó en misiones de guerra con la Fuerza Aérea de Estados Unidos y actualmente practica la acrobacia aérea y diversos tipos de torneos de aviación. Inspirado en esta actividad, escribió numerosos artículos y cuentos para revistas de aviación, así como diversos libros: *Stranger to the Ground*, *Biplane*, *Nothing by chance*.

El Principito, de Saint-Exupéry, y *Juan Salvador Gaviota*, de Richard Bach, presentan notables afinidades¹. Los dos relatos describen sendos procesos hacia el encuentro a través de un aprendizaje logrado a golpes de experiencia personal, jalonada de éxitos y de fracasos. Una vez alcanzada la meta, los protagonistas vuelven a los suyos como mensajeros de una nueva actitud personal, que transforma el modo de ver la vida y el universo.

Para comprender a fondo el sentido del bello relato de Richard Bachⁱⁱ, deben rehacerse personalmente tres experiencias básicas: 1) la superación del gregarismo; 2) la elevación al plano de la propia identidad, vista en todo su alcance, y 3) la vuelta al punto de partida con intención de promocionar a los menos expertos.

4. Experiencias decisivas de la obra

El vértigo de la rutina y el éxtasis de la creatividad

En la vida, el hombre puede adoptar dos actitudes: 1) dejarse llevar de las apetencias naturales, sin aspirar a la realización de valores más altos; 2) esforzarse por sacar pleno partido a las potencias de que está dotado y a las posibilidades que el entorno le ofrece. La primera actitud es representada por la *Bandada de la Comida* (13). La segunda orienta la conducta de Juan Salvador Gaviota.

La *Banda de la Comida* está formada por una multitud de pájaros que se aglomeran para luchar por una ración de alimento. Son seres carentes de identidad y nombre propio; forman una masa, obedecen ciegamente a la ley del instinto, acotan su actividad en los cauces limitados de la satisfacción de las necesidades elementales (14).

Juan -que no es «un pájaro cualquiera» (13)- estima que su potencia de volar puede adquirir una dimensión mucho mayor que la que posee cuando se reduce a desarrollar el tipo de vuelo necesario para adquirir el indispensable alimento. Por eso se interroga sobre su capacidad de asumir nuevas posibilidades de vuelo en su entorno natural: playa, agua, aire. Esta pregunta inicia el proceso *extático* de búsqueda de la plenitud personal a través de la experimentación, la superación de riesgos, la asunción de fracasos, la solución de dificultades, la celebración de momentos festivos o experiencias-cumbre. Este camino hacia la plenitud exige tensión de ánimo, reflexión continua, capacidad de iniciativa, espíritu de sana innovación creadora, apertura a lo desconocido y misterioso, afán inagotable de aprender y conocer.

Juan se ve llevado a superar la posición de la sociedad establecida en su torno, representada aquí por sus padres, para los cuales «la razón de volar es comer» (15). El *volar* es considerado por ellos como una mera actividad utilitaria, carente de un fin propio. No es entendido como un *juego creador*ⁱⁱⁱ. La rebeldía de Juan tiene un carácter positivo y no se expresa a través de un ataque sino de un acto de *renuncia*, que alberga un neto carácter simbólico: cede un trozo de anchoa, duramente disputada, a una gaviota menos habilidosa que él (15). Todo ascenso a un plano superior de actividad exige la renuncia previa a modos inferiores de realización. El nivel de realización a que aspira Juan es el del vuelo visto como un fin en sí mismo, como un juego creador lleno de sentido y, por tanto, de gozo y entusiasmo (15).

Juan intuye que hay dos conceptos de naturaleza: 1) el conjunto de realidades, procesos y potencias que constituyen el ser que uno ha recibido de los progenitores; 2) este ser recibido tal como va desarrollándose a medida que asume creadoramente las posibilidades de acción que le ofrece el entorno.^{iv} *Obrar conforme a naturaleza* no significa, en la segunda acepción, dejarse llevar del instinto, sino poner en juego todas las posibilidades que estén al alcance de uno. El afán de Juan consiste en superar los límites de su condición de gaviota entendida al modo vulgar, como un tipo de ser viviente que tiene bien marcadas sus posibilidades y a ellas debe atenerse. Cuando sufre algún fracaso, Juan siente la tentación de acogerse al concepto más cómodo, menos arriesgado, de gaviota y llevar una vida sin desafíos y problemas. Promete ser una «gaviota normal» (21). Pero de nuevo la llamada de la vocación le impulsa a elevar el vuelo y proseguir el proceso de aprendizaje de nuevas formas de vivir. *Ensayar nuevas posibilidades* implica *caminar en la noche* (24), hacerse sospechoso para las gaviotas normales, sesudas, prudentes (34), alejarse del mundo confiado de los seres gregarios (35), afrontar el miedo (36), entregarse a sensaciones inéditas, que son fuente de poder, alegría y belleza (36). El vuelo perfeccionado entreaña modos nuevos de diálogo con el aire, el agua y la tierra, una especie de juego que funda formas de encuentro y da lugar a momentos *festivos*. Esta nueva dimensión del volar llena de *sentido* la vida de Juan y la dota de *libertad* (35).

Esta soledad creadora, investigadora, de Juan choca abruptamente con el espíritu gregario de la *Banda de la Comida* (35). Juan acepta el alto precio que le exige el aprender a volar y se eleva hacia la luz del mundo de la creatividad y el encuentro, mientras contempla a las otras gaviotas moverse pesadamente en un ambiente de oscuridad y tristeza (36). Se ha exiliado voluntariamente por amor a la verdad plena de sí mismo. Es un «extranjero» en su entorno social, pero lo es por *elevación* sobre el nivel de sus semejantes, no por un *descenso*, como sucede con Meursault, el protagonista de la obra de Camus *El extranjero*^v.

En el hogar de los que vuelan alto

La segunda gran experiencia de este relato es el encuentro de Juan con dos gaviotas representantes de la actitud de *éxtasis*, de búsqueda incesante y arriesgada de modos de vida superior. Son heraldos de un nuevo hogar, el constituido por todos los buscadores que se han entregado al esfuerzo del juego creador. Por eso su figura es resplandeciente, y su actitud amistosa, y se mueven en el alto cielo nocturno (46-47). Juan deja de ser un exiliado al adentrarse en un nuevo hogar con «nuevos horizontes, nuevos pensamientos, nuevas preguntas» (52). Es bien acogido por los habitantes de este mundo distinto, que son pocos pero sintonizan espiritualmente con él, en cuanto su meta es alcanzar la perfección, no sólo subsistir (53, 54, 58). Al verse ante las nuevas perspectivas de progreso que le abre la instauración de una unidad de convivencia con esta comunidad de seres congeniales, Juan olvida durante largo tiempo el mundo del cual ha partido (53), pero a veces se acuerda de cuanto aprendió en él.

En este nuevo ámbito de vida, Juan cuenta con la ayuda de un guía espiritual: *Rafael*. Ambos conjugan la acción y la reflexión, pues la auténtica forma de enseñar y aprender debe ser *experiencial*, reflexiva y activa a la par. La lección decisiva se la imparte a Juan la *Gaviota Mayor* de esta nueva bandada. Por adoptar una actitud dialógica, personalista, aparece con nombre propio: *Chiang*. De ella aprende Juan que «el cielo no es un lugar ni un tiempo». «El cielo consiste en ser perfecto» (55), no cesar de buscar y aprender, de superar límites, de sentir en el propio ser la llamada a hacerlo y la posibilidad de lograrlo. En la vida humana buscamos porque ya estamos instalados en aquello hacia lo que tendemos, y lo hacemos en virtud de la fuerza que la realidad buscada nos confiere. Vamos al encuentro de algo en lo cual ya estamos participando en alguna medida. La conciencia de la riqueza que alberga nuestro ser cuando adopta una actitud participativa nos permite desbordar la delimitación rígida de nuestro ser objetivo. Tal descubrimiento produce a Juan un sobresalto de gozo:

«¡Pero si es verdad! ¡Soy una gaviota perfecta y sin limitaciones! Y se estremeció de alegría» (59).

Una vez superadas las limitaciones de la actitud objetivista, se hace patente una ley básica de la vida creadora personal, a saber: que el «perfecto e invisible principio de toda vida» es la bondad y el amor, la solidaridad que lleva a compartir los descubrimientos que uno ha hecho y la riqueza que ha logrado atesorar (61). «*Sigue trabajando en el amor*», ésta fue la última recomendación de la *Gaviota Mayor*, la más perfecta, al joven Juan (61).

Fiel a este hallazgo básico y decisivo, Juan empieza a pensar en volver a la tierra de donde había salido^{vi}. Compartir la riqueza significa convertirse en «instructor». Juan debía descubrir a sus congéneres de allá abajo que su verdadera naturaleza es aprender a ser libres, creativos, abiertos a valores cada vez más elevados, y que el aprender es incesante y nunca se llega a la meta porque ya se ha llegado en alguna forma, por cuanto se está ya en campo de vuelo, de libertad, de vida de participación en los valores. Esta vida de inmersión receptivo-activa en algo que nos envuelve y nutre es una *existencia en el amor*. Amar es lo contrario de encerrarse en los límites del egoísmo; implica apertura y entreveramiento de ámbitos de vida. Pero, como la actitud de amor debe ser adoptada y puesta en juego por cada uno, el aprendizaje de la perfección pende de nuestra experiencia personal. Juan decide ser instructor de cuantas gaviotas, en cualquier parte -en lo alto del cielo o a ras de tierra-, quieran tener una oportunidad de ver la verdad merced a la propia experiencia (62).

«Y mientras más practicaba Juan sus lecciones de bondad, y mientras más trabajaba para conocer la naturaleza del amor, más deseaba volver a la Tierra. Porque, a pesar de su pasado solitario, Juan Gaviota había nacido para ser instructor, y su manera de demostrar el amor era compartir algo de la verdad que había visto con alguna gaviota que estuviese pidiendo sólo una oportunidad de ver la verdad por sí misma» (62 e - 61 i).

La vuelta a los suyos como instructor

Juan instruye a los novicios de la bandada celeste, y vuelve a la tierra (63). Pronto acontece un entreveramiento de dos ámbitos: el de Juan, que desea enseñar a conocer el verdadero secreto de la vida, y el de Pedro Pablo Gaviota, que quiere llegar a descubrirlo (64). Tras su fecundo contacto con Rafael y con Chiang, Juan comprende la necesidad de tener un instructor que le ayude a uno a mirar lejos -«la gaviota que vuela más alto es la que ve más lejos» (63 e - 62 i)-, a entrever valores más elevados, en los que ya se participa pero a los que no se conoce bien sino a través de una experiencia esforzada.

Juan sabe ahora que lo fundamental en la vida es cambiar las actitudes inadecuadas, orientar debidamente la existencia. Cuánto hubiera adelantado él si en los tiempos del exilio hubiera estado Chiang a su lado. Por eso comienza a instruir a las gaviotas que se han exiliado en busca de la perfección. A todas les agrada hacer prácticas de vuelo porque es una experiencia positiva y reconfortante, pues da una impresión de poder y seguridad, pero no aciertan a adivinar que hay que mirar más allá de esta actividad concreta y buscar el sentido oculto que otorga excelencia a esa actividad.

«Cada uno de nosotros es en verdad una idea de la Gran Gaviota, una idea ilimitada de la libertad -diría Juan por las tardes, en la playa-, y el vuelo de alta precisión es un paso hacia la expresión de nuestra verdadera naturaleza. Tenemos que rechazar todo cuanto nos limite. Esta es la causa de todas estas prácticas a alta y baja velocidad, de estas acrobacias...» (76).

Pero ninguno de sus alumnos lograba penetrar en el *sentido espiritual* de esa voluntad de perfeccionar sus capacidades de vuelo. No se elevaban a un nivel de vida superior al de la actividad externa.

«Les gustaba practicar porque era rápido y excitante y les satisfacía esa hambre por aprender que crecía con cada lección. Pero ni uno de ellos, ni siquiera Pedro Pablo Gaviota, había llegado a creer que el vuelo de las ideas podía ser tan real como el vuelo del viento y las plumas» (76).

Es una ley de la vida humana que, cuando uno se mueve en un nivel de realidad, tiene gran dificultad en percibir la importancia de lo que sucede en un nivel superior. El que se entrega a las ganancias inmediatas apenas logra comprender el alto valor que encierra una actitud desinteresada, la consagración -por ejemplo- al cultivo de la belleza más allá de todo interés inmediato. Juan se esfuerza por abrir a sus compañeros un nuevo horizonte vital, una forma distinta y superior de entender la vida. Pero ellos se limitan a satisfacer sus necesidades elementales.

«Tu cuerpo entero, de extremo a extremo del ala -diría Juan en otras ocasiones-, no es más que tu propio pensamiento, en una forma que puedes ver. Rompe las cadenas de tu pensamiento, y romperás también las cadenas de tu cuerpo. Pero dijéralo como lo dijera, siempre sonaba como una agradable ficción, y ellos necesitaban más que nada dormir» (77 e- 76 i)).

La búsqueda de la perfección en el amor impulsa a Juan a volver a la *Bandada de la Comida* para servir de instructor a las gaviotas que tengan ansia de progreso. Como ahora se siente libre de ir adonde quiera y ser lo que es, no acepta la ley de dicha Bandada que prohíbe volver a las gaviotas exiliadas (77). Sus alumnos dudan, porque todavía no han hecho la gran experiencia de la liberación personal. Pero, movidos por la decisión de Juan, vuelven todos ellos, y lo hacen en formación perfecta, ya que el amor pide conjunción y unidad (77-78). Las

gaviotas de la *Bandada de la Comida* se sienten sobrecogidas ante tal perfección. La *Gaviota Mayor* les manda que ignoren a las exiliadas. Con el peso de la ley quiere coartar su libertad y su afán de ser creativas (78). Poco a poco y tímidamente, diversas gaviotas acuden a Juan para aprender el secreto de tal forma de volar.

«La única Ley verdadera es aquella que conduce a la libertad -dijo Juan-. No hay otra» (83). "A toda hora Juan estaba allí junto a sus alumnos, enseñando, sugiriendo, presionando, guiando. Voló con ellos contra noche y nube y tormenta, por el puro gozo de volar, mientras la Bandada se apelotonaba miserablemente en tierra» (79).

Juan invita a todos a ganar la suprema libertad del vuelo, frente a la sumisión a la ley del conformismo alicorto. Pero más de uno renuncia al esfuerzo que exige tal superación, pretextando que Juan es un ser inimitable. Al que es de verdad libre y dispone de grandes posibilidades lo consideran como un ser excepcional los que todavía se hallan sometidos a la esclavitud de los límites, de una concepción alicorta de la propia existencia. Juan, sin embargo, no acepta que se le considere como un ser "divino" en comparación con ellos. Ni él ni los que le siguen en su carrera hacia la perfección son seres excepcionalmente dotados.

«La única diferencia, realmente la única, es que ellos han empezado a comprender lo que de verdad son y han empezado a ponerlo en práctica» (83). «A toda hora Juan estaba allí junto a sus alumnos, enseñando, sugiriendo, presionando, guiando. Voló con ellos contra noche y nube y tormenta, por el puro gozo de volar, mientras la Bandada se apelotonaba miserablemente en tierra» (79).

Juan invita a todos a ganar la suprema libertad del vuelo, frente a la sumisión a la ley del conformismo alicorto. Pero más de uno renuncia al esfuerzo que exige tal superación, pretextando que Juan es un ser inimitable. Al que es de verdad libre y dispone de grandes posibilidades lo consideran como un ser excepcional los que todavía se hallan sometidos a la esclavitud de los límites, de una concepción alicorta de la propia existencia. Juan, sin embargo, no acepta que se le considere como un ser "divino" en comparación con ellos. Ni él ni los que le siguen en su carrera hacia la perfección son seres excepcionalmente dotados.

«La única diferencia, realmente la única, es que ellos han empezado a comprender lo que de verdad son y han empezado a ponerlo en práctica» (83).

Las personas ansiosas de abrir horizontes de vida nuevos suelen adelantarse a su tiempo y se exponen a todo tipo de incompreensiones. Y Juan se pregunta perplejo:

«Por qué será que no hay nada más difícil en el mundo que convencer a un pájaro de que es libre, y de que lo puede probar por sí mismo si sólo se pasara un rato practicando? ¿Por qué será tan difícil?» (91)^{vii}.

La formación de una escuela

A pesar del riesgo, Juan no cede. Quiere acabar de formar a Pedro Pablo Gaviota para confiarle la tarea de instructor. Pedro ya vuela con admirable destreza y sabe que tal forma de vuelo perfecto es expresión de su verdadera naturaleza, y que no hay límites, ni siquiera la muerte, cuando se adopta una actitud creadora y libre. Le falta descubrir el núcleo de la creatividad, que es el amor. No comprende que Juan ayude a las gaviotas que han intentado poco antes matarlo. Juan replica:

«Pero, Pedro, ¡si no es eso lo que tú amas! Por supuesto, tú no amas el odio y el mal. Debes ejercitarte y llegar a ver la verdadera gaviota, lo bueno que hay en cada una de ellas, y ayudarles a que lo vean en sí mismas. Eso es lo que entiendo por amor. Es divertido cuando le pillas el truco» (91-92)^{viii}.

Pedro no se sentía preparado para ser guía de otras gaviotas. Todavía creía necesitar a Juan. Este le indica el camino de la plenitud:

«Ya no me necesitas. Lo que necesitas es seguir encontrándote a ti mismo, un poco más cada día; a ese verdadero e ilimitado Pedro Gaviota. Él es tu instructor. Tienes que comprenderle y ponerlo en práctica» (92). «No creas lo que tus ojos te dicen. Sólo muestran limitaciones. Mira con tu entendimiento, descubre lo que ya sabes y hallarás la manera de volar» (92-93)^x.

Juan, el maestro, desaparece en el aire envuelto en luz. Y Pedro inicia su labor de instructor bajo el lema siguiente:

«... Tenéis que comprender que una gaviota es una idea ilimitada de la libertad, una imagen de la Gran Gaviota, y todo vuestro cuerpo, de extremo a extremo del ala, no es más que vuestro propio pensamiento» (93).

El recuerdo de Juan le enseñó a Pedro que el "pensamiento" al que aludía es el ideal del amor, que debe impulsar nuestra vida entera y darle sentido:

"... Aunque intentó parecer adecuadamente severo ante sus alumnos, Pedro Gaviota les vio de pronto tal y como eran realmente, sólo por un momento, y, más que gustarle, amó aquello que vio. ¿No hay límites, Juan?, pensó, y sonrió. Su carrera hacia el aprendizaje había empezado" (93).

5. Valoración de la obra

Richard Bach ha querido en este relato despertar en cada uno de los lectores el «Juan Gaviota» que lleva dentro, hacerle descubrir por propia experiencia que, si se vive la vida con actitud creadora, se abren posibilidades siempre nuevas, se descubren horizontes inéditos. Cada descubrimiento, cada hallazgo implica la instauración de formas nuevas de encuentro y suscita, consiguientemente, sentimientos de gozo y entusiasmo.

Estas experiencias de éxtasis sacan al hombre de su yo *solitario* y lo abren a su yo *solidario*. De ahí que, por lógica interna, pidan ser realizadas en convivencia, con espíritu de amor, que es el núcleo del que irradian todos los valores éticos. Las experiencias de éxtasis tienen su origen en la *participación* y culminan en el acto de *compartir*. El que comparte la riqueza en que participa porque ama es un ser *libre*. Esta libertad para la fundación de ámbitos de convivencia en amor es, a su vez, fuente de *fiesta* y de *luz*.

Cuando una persona ha logrado la madurez de la auténtica libertad está preparada para ser guía de otras. *Juan Salvador Gaviota* es una invitación a la responsabilidad que todos los adultos tenemos de ser líderes o instructores respecto a quienes tienen nostalgia de valores más altos y desconocen el camino real para alzarse hasta ellos. *Juan* -es decir, un hombre cualquiera- ansía elevarse hacia la perfección de su ser. Ascende a un nivel de selección donde se ve dotado de grandes condiciones. No se arroga el derecho de poseerlas para sí. Este bien quiere difundirlo inmediatamente. Ha visto que el mayor valor es el de la *solidaridad por amor*, el de compartir aquello que uno más estima. Por eso se convierte en guía hacia la superación de los límites que atenazan la verdadera libertad.

Bajo un ropaje argumental que no es sino pretexto para conseguir un escenario lleno de luz y belleza plástica, Richard Bach nos muestra el camino que lleva a la formación de auténticos maestros. *Juan Gaviota* alcanza su plenitud y su cabal identidad personal porque ha sabido convertirse en *maestro*, con el fin de *redimir* y *salvar* a otros de su falta de aspiraciones y creatividad.

Mediante un simple montaje de fábula, el autor da cuerpo expresivo en este relato al denso tejido de actitudes, anhelos, alegrías y penas, situaciones de unidad solidaria o de soledad amarga que forman el proceso del hombre hacia la plenitud personal. Atribuir esta compleja actividad a simples animales es una ficción, pero los ámbitos de vida humana

que debemos ir fundando y entretejiendo si hemos de llegar a ser aquello a lo que estamos llamados son algo plenamente real. Dar cuerpo luminoso a tales ámbitos es la tarea del artista y del hombre de letras, que no se mueven en un mundo de vagas ensoñaciones irreales; intentan poner al descubierto los planos más hondos de la siempre enigmática vida humana.

6. Cuestiones para autoevaluación

1. Ser fiel a las costumbres de nuestros mayores puede ser una virtud o un vicio. Determinar, con ejemplos, cuándo se da lo uno o lo otro. En el caso del protagonista, Juan Salvador Gaviota, es sin duda una virtud. Indicar la razón profunda de ello.
2. Actuar dejándose llevar por hábitos adquiridos es útil porque ahorra mucha energía psíquica, pero puede llevar a la rutina y el adocenamiento. Los grandes *modelos* nos ponen ante la vista las metas que podemos lograr si ejercitamos al máximo nuestras *potencias* y asumimos con decisión todas las *posibilidades* que están a nuestro alcance. Reflexionar sobre esto a base de algún ejemplo concreto.
3. Tener *personalidad e identidad personal* (poder decir con todo rigor «*soy un yo*») implica comprometerse a fondo en el propio desarrollo. Crecer es ley de vida. No es opcional el crecer o no crecer, desarrollarse o quedar bloqueado. ¿Quién es un «*hombre verdadero*: el que se contenta con lo que tiene y es o el que aspira a mejorar su situación y la de los demás?
4. ¿Puede el hombre sentirse plenamente desarrollado cuando alcanza *a solas* un grado elevado de realización personal? Si tenemos en cuenta que un ser *personal* sólo puede desarrollarse *comunitariamente*, ¿es necesario *compartir* para ser?
5. La *vida de comunidad* implica *comunió*n, entreveramiento de ámbitos de vida, participación de bienes. Los bienes más elevados son los del espíritu. Compartir estos dones, recibidos o adquiridos, es crear auténtica vida comunitaria. Si se comparten los bienes *materiales*, se los amengua. ¿Sucede esto también con los bienes *espirituales*, o más bien todo lo contrario?

ⁱ El título original de la obra *Jonathan Livingston Seagull* encierra un carácter simbólico. *Jonathan*, en castellano *Jonatán*, fue el *amigo fiel* de David. *Livingston* significa «piedra viva» y es el apellido del famoso misionero inglés que entregó su vida a la tarea de explorar el centro de África con fines *humanitarios y religiosos*. La gaviota -*Seagull*- es, en la literatura nórdica, símbolo de una vida de soledad y tedio. El protagonista de la obra aúna la energía expresiva de estos conceptos para narrar el ascenso a un mundo espiritual de entrega y solidaridad.

ⁱⁱ Cf. R. Bach, *Jonathan Livingston Seagull. A Story*. Pan Books, Londres 1973. La primera edición data de 1970. Versión castellana: *Juan Salvador Gaviota*. Pomaire, Barcelona 1972, 13. Citaré, en el texto, las páginas de ambas ediciones, que son coincidentes, excepto en tres casos, en los cuales se indicará con una e las páginas de la edición española y con una i las de la inglesa, de esta forma: 61 e - 62 i.

ⁱⁱⁱ Una exposición amplia del carácter creativo del juego, entendido en sentido riguroso, se halla en mi *Estética de la creatividad*, págs. 33-183.

^{iv} La configuración que uno va dando a su personalidad a través de ese proceso de desarrollo se denominaba en griego *êthos*, con *e larga*. De *êthos*, así entendido, se deriva el término *Etica*, que no significa solamente "tratado de las costumbres", sino estudio del modo como ha de configurar el hombre su realidad personal. El término *êthos* fue traducido al latín por *mos* (costumbre), de donde se deriva el vocablo "Moral". Sobre el sentido de la Etica puede verse mi libro *El amor humano*, Edibesa, Madrid 1994, 4ª ed., págs. 127-205.

^v Véase un amplio comentario de la misma en mi *Estética de la creatividad*, págs. 431-463.

^{vi} Una vez que el piloto y el principito se «encuentran» en sentido estricto, tras la experiencia de la fuente arriesgadamente buscada en el desierto en perfecta solidaridad, ambos vuelven a los suyos para poner en práctica cuanto han aprendido a través de la difícil escuela del amor. Cf. A. de Saint-Exupéry, *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 1972, 2ª ed., p. 102; *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York, 1942, p. 102.

^{vii} Confróntese esta frase con la del filósofo J. G. Fichte, configurador del mal llamado pensamiento «idealista» alemán y defensor tenaz de la libertad humana en un momento histórico crucial: «La mayoría de los hombres están más dispuestos a aceptar que son un trozo de lava lunar que no un yo» (Cf. *Johann Gottlieb Fichte's sämtliche Werke*. Ed. de J. H. Fichte, Berlín 1845-6, vol. I págs. 175-6; 284-5).

^{viii} La traducción de esta cita es mía.

^{ix} Recuérdense las sabias advertencias del zorro al principito: «No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos». Cf. *Le petit Prince*, págs. 87, 97, 103; *El Principito*, págs. 87, 97, 103.

A) Trabajo creativo en **Wordle**

1) Instrucciones del trabajo creativo:

- ⇒ El título del trabajo será: Juan Salvador Gaviota
- ⇒ Realiza un listado de no menos de 15 valores presentes en la obra Juan Salvador Gaviota
- ⇒ Accede a : <http://www.wordle.net>
- ⇒ Realiza un "Word cloud" utilizando tales valores
- ⇒ Recorta y pega el "Word cloud" en la parte superior de una hoja tamaño legal (8½ x 14)
- ⇒ Busca en el libro una frase que sintetice de alguna manera el "Word cloud" o que te llame poderosamente la atención.
- ⇒ Realiza un dibujo que represente dicha frase y pégalo en la parte superior de la hoja tamaño legal donde pegaste el "Word cloud" junto con la frase que escogiste. El dibujo debe ser original y creativo. No es necesario que tenga color, pero debe estar bien hecho.
- ⇒ El nombre, número de registro, fecha y grupo irán en la parte posterior de la hoja
- ⇒ La frase debe estar visible

Rubrica para trabajo creativo

Elemento a evaluar	Valoración	Puntos obtenidos
1. Seguir instrucciones a. ¿Están presentes las tres partes del trabajo? b. ¿Los valores corresponden a la obra? c. ¿El tamaño de la hoja es el indicado? d. ¿El nombre, fecha etc. están en la parte posterior?	25	
2. Creatividad a. ¿Es original del estudiante el dibujo? b. ¿Demuestra creatividad?	10	
3. Esfuerzo a. ¿Se esforzó el alumno en realizar un trabajo bien hecho?	15	
4. Trabajo limpio y claro	10	
5. Entrega a tiempo	10	
	TOTAL: 70 PUNTOS	